

Capítulo 34 — Tratos en la puerta trasera — Guía práctica de hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Oliver

Mes 11, Día 28, sábado, 17:00 h.

Oliver se encontraba casi tan nervioso por regresar al Ciervo Verde como por las ganas que tenía de hacerlo. Necesitaba asegurarse de que todos sus hombres habían escapado la noche anterior. Tenía algunos policías locales en su bolsillo y, al menos uno de ellos daría aviso cuando se arrestara a alguien del Ciervo, además de transmitir información relativamente inofensiva sobre los movimientos de las fuerzas del orden en la zona.

Tanto él como Liza eran bien conocidos en estos lares. Aunque la mayoría no lo reconocía como el líder de los Ciervos Verdes sin su máscara, era un hombre claramente acaudalado que disfrutaba “lanzándose a la vida” entre los más pobres y peligrosos que él mismo. La gente seguramente sospechaba que estaba involucrado en algún tipo de crimen o actividad ilícita, pero eso no era tan raro entre los ricos. Siempre y cuando no descubrieran sus verdaderas intenciones y metas hasta que fuera demasiado tarde para detenerlo, eso era suficiente.

Liza era conocida por lo que era: una poderosa y peligrosa hechicera, una que no estaba atada a las restricciones de la ley.

Juntos, recibían asentimientos y miradas cautelosas a medida que pasaban entre los ciudadanos que se dirigían a sus hogares al caer la noche.

Él observaba la ropa tosca y remendada de la gente, la suciedad que delineaba las arrugas cansadas de quienes habían envejecido en juventud, y los adoquines de las calles que habían sido lavados por los torrentes de lluvia que se avivaban con el río, aunque pronto volverían a cubrirse de mugre otra vez. Los comercios mostraban carteles con imágenes en lugar de nombres, para

aquellos que no sabían leer, que eran la mayoría.

Hombres y muchachos sin empleo merodeaban en las esquinas y callejones, fumando con tos de gato y mirando con desprecio al mundo, algunos con colores o símbolos de pandillas exhibidos con diferentes niveles de sutileza.

Una mujer escupió sangre en su pañuelo, lo guardó en el bolsillo y siguió pidiendo limosna.

Él metió las manos más profundamente en los bolsillos y suspiró profundamente, caminando un poco más rápido. Todo esto cambiaría cuando él gobernara. Los Ciervos quizás solo tuviesen control sobre una pequeña parte de la ciudad en este momento, pero él ya estaba haciendo las cosas mejor. Si pudiera seguir construyendo—pero ese era el problema. Los Morrow no estaban dispuestos a dejarlo continuar.

Había estado invirtiendo sus fondos personales en el Ciervo Verde y sus proyectos. La fortuna que había acumulado durante años comenzaba a disminuir, y ahora, la parte agrícola del plan, que casi estaba lista para comenzar producción, requeriría otra inyección de fondos para reconstruir el almacén y pagar por mayor seguridad, de modo que la gente no tuviera miedo de aceptar los trabajos que ofrecía.

Necesitaba algo que generara más dinero que alimentos baratos para las masas, pero que aún pudiera comerciarse libremente. Tal vez un producto dirigido a un mercado más acaudalado, como los alimentos que normalmente se importaban desde climas más tropicales. El presupuesto de su propio hogar para especias y miel era tan alto que, casi, daba la impresión de estar comprando oro y plata por onza. El envío era peligroso y costoso, y trasladar productos por tierra tenía sus propios obstáculos. En algunos casos, simplemente no era factible. Planeaba reemplazar el techo del almacén con cristales, lo que le permitiría cultivar al menos algunos de esos alimentos exóticos en interiores, aunque esto suponía un gasto exorbitante más. Sin embargo, esto evitaría la necesidad de usar magia para imitar la luz del sol. Con el tiempo, el costo sería menor.

Liza lo sacó de sus pensamientos, susurrando: “¿La chica... ella es la que están buscando?” Su mirada estaba fija en un cobrador, quien interrogaba a un dueño de tienda en la entrada del establecimiento.

Oliver le lanzó una mirada, pero no respondió en voz alta.

“Es suficiente esa respuesta, supongo”, dijo ella. “No te preocupes, no tengo cariño por la ley de Gilbrathan, ni necesidad de dinero por recompensas. Los necios policías intentaron interrogarme acerca del alboroto cuando sucedió por primera vez, y los hice marchar. Como si hubiera sido tan torpe en la huida, incluso suponiendo que decidiese robar en la Universidad.”

Oliver suspiró y sacudió la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír levemente.

Llegaron al Pino Verde poco después, y Liza tomó asiento en la barra y pidió una bebida mientras Oliver continuaba hacia la oficina superior de Katerin.

Katerin se quedó inmóvil un momento al verlo entrar, examinándolo como una madre preocupada, buscando daños en él. Tras un segundo de silencio, algo del cansancio que rodeaba sus ojos y en sus hombros se disipó. “Te tomó demasiado tiempo”, murmuró.

“¿Todos están bien? ¿Hubo arrestos? ¿Logramos llevar a Jameson a la curandera Nidson?”, mientras hablaba, se dirigió hacia la caja fuerte en el armario adjunto al fondo de la habitación y empezó a seguir el proceso algo complicado para abrirla.

“No hay arrestos, pero sí algunas heridas. Ya pagué a Nidson”, reveló ella. Dudó un instante. “Jameson... no lo logramos”.

Oliver se enderezó y le dio la espalda para mirarla. “¿Qué?”.

“Lo llevamos a Nidson, pero... su corazón dejó de funcionar. Nidson logró reactivarlo, pero... no respondió. Jameson murió”.

Oliver la miró fijamente, observando las ojeras y cómo apoyaba una mano en la parte trasera de su silla para sostenerse. “¿Nidson le dio sangre?”.

Ella frunció el ceño, confundida. “¿No?”.

Él pasó una mano por su rostro, frotando la piel. “Jameson, y Cooper también. ¿Ya les has contado a sus familias?”.

Ella negó con la cabeza. “Pero las noticias corren rápido. Quizá ya sepan”.

“Nos encargaremos de los funerales. Y...”, volvió a la caja fuerte, sacando dos bolsas de monedas llenas, cada una con un centenar de oro contado. Metió una en su bolsillo y tomó treinta coronas de oro de la otra. Dividió esas treinta en dos bolsas más pequeñas y las colocó sobre el escritorio de Katerin. “Dale a sus familias una pensión, durante los próximos... tres años. Quince oro al mes”. Distribuirlo así reduce las probabilidades de que sean víctimas de un robo, y evita que gasten impulsivamente si son de ese tipo. También ayuda a aliviar un poco las finanzas del Pino Verde.

Katerin parecía querer objetar, pero se dejó caer en una especie de abatimiento. “Supongo que murieron trabajando para nosotros, en lo que se suponía un trabajo seguro. Pero no puedes comenzar a compensar a la familia de cada uno que muere o resulta herido en territorio del Stag. ¿Y qué hay de esa segunda bolsa que tomaste?”.

“Es un pago por la ayuda de Siobhan. Ella... tuvo un percance. Los policías tienen algo de su sangre, y han intentado hacerle una lectura de sensibilidad—¡y fracasaron!”, agregó rápidamente, levantando las manos en señal de conciliación. “Liza la está ayudando, pero—”.

“Pero Liza esperaría que vendas a tu primogénito para pagar sus honorarios, o que regreses a casa si no puedes”, refunfuñó Katerin. “Oliver... ¿te das cuenta de lo que esto significa? Si la reconocen, van a investigar el asunto mucho más a fondo que en una pelea entre bandas. Estarán husmeando en el Pino Verde”.

“Lo sé.” Cerró los puños con fuerza. “Pero ya es demasiado tarde. Fingiremos inocencia lo mejor que podamos. Si traen a alguno de nuestros hombres para interrogarlo, recuérdales que permanezcan en silencio hasta que puedas sacarlos. Si te cuestionan a ti personalmente, niega cualquier conocimiento hasta volverte hostil, si es necesario.”

Ella parecía estar partida entre gritar de rabia y llorar, pero al final solo agitó la cabeza con agotamiento. “Espero que esta chica valga la pena, Oliver. Estás haciendo una inversión bastante considerable en ella.”

“Ya veremos,” dijo, sabiendo que ninguna palabra suya cambiaría realmente su opinión. “¿Tienes las direcciones de los familiares de Cooper y Jameson?” Notificar a sus familias sobre su destino era una responsabilidad que no podía esperar, por honor si nada más. Cuando ella asintió, agregó, “Envía a alguien a informarles antes de que termine el día. Ve tú mismo si es posible.” Preferiría hacerlo en persona, para manejar esta terrible tarea con el respeto que merece, pero tendría que ir con su máscara, y eso sería peor que enviar a otro en su lugar.

“¿Estamos haciendo algo más respecto a lo ocurrido anoche?” preguntó.

Se ruborizó la frente con la mano, frotándola de nuevo. “Por supuesto. No podemos permitir que esto siga así. Acompaño a Liza al Mercado Nocturno.” Ignoró la mueca de disgusto de Katerin cuando mencionó el nombre del hechicero. “Veré si puedo conseguir algunos artefactos de combate o protección más allá. Estoy seguro de que Siobhan planea prepararnos una serie extensa de pociones de batalla. También necesitamos reclutar más gente para los enforceros y las cuadrillas de emergencia. Nuestra gente fue ineficaz allí, incluso considerando la desventaja. Muchos no han sido entrenados lo suficiente para esto. Habla con Huntley, quizás querría dirigir un entrenamiento más exhaustivo.”

“Lo haré de inmediato.”

“Solo podemos esperar que las heridas que los Morrows sufrieron anoche los hagan temer más, en lugar de desatarse en una demostración de fuerza. De cualquier modo, no habrá más turnos nocturnos para los trabajadores. Tengo otras ideas, pero necesitamos más dinero, tiempo y gente,” explicó.

Katerin le regaló una sonrisa sombría. “Bueno, ya estamos trabajando en esas tres cosas. Mientras tanto, tendremos que arreglárnoslas.”

Antes de alejarse del escondite, vaciló, luego tomó otra bolsa de monedas y la metió en su bolsillo antes de salir.

“No olvides reemplazarlas,” le gritó Katerin tras él. “Ya tengo esos fondos destinados a otros gastos.”

Tomó una varita de combate de su pequeña armería, cambió su capa, se puso de nuevo la máscara y luego ordenó a un enforcer de guardia que lo acompañara mientras se marchaba.

Liza miró fijamente al hombre, cuyos ojos recorrían en busca de amenazas mientras caminaban por la calle.

“Llevamos bastante dinero y vamos a lugares que quizás no sean muy seguros,” explicó Oliver en voz baja. “Si nada más, la apariencia de protección podría disuadir a oportunistas.”

Ella resopló. “¿Sabes que caminas conmigo, verdad? Quien sea lo suficientemente tonto como para intentar robarme mi oro, acabará con un agujero humeante en el abdomen, y los policías no se atreverían a venir tras de mí sin al menos una escuadra completa.”

Oliver abrió la boca, luego la cerró de nuevo. “Claro.” Tal vez el guardaespaldas no fuera necesario, pero no podía hacer daño, y ya había aceptado pagarle. Sería grosero enviarlo de regreso ahora.

Cuando llegaron al Mercado Nocturno, Lizaza tomó la iniciativa, caminando con paso firme hacia la entrada de Lo Elemental, una tienda cuya vitrina exhibía algunos componentes mágicos comunes. Los precios que aparecían en la lista eran mucho más elevados de lo normal.

Oliver indicó a su guarda que permaneciera afuera, y el hombre se colocó junto a la puerta, observando la calle con una mirada suspicaz.

Las estanterías cubrían las paredes y llenaban la mayor parte del pequeño y algo lúgubre local. Lizaza hizo caso omiso de todo eso, dirigiéndose al mostrador trasero donde un joven con aspecto cansado estaba etiquetando un frasco con escarabajos. “Vengo a ver a la Segadora.”

El tendero la miró a ella y a Oliver de arriba a abajo, luego, en silencio, sacó de debajo del mostrador un disco de piedra y lo colocó sobre la superficie.

Lizaza apretó su Conducción y apoyó la mano derecha en el disco. Partes de él se desplazaron y giraron como un rompecabezas, hasta que el centro se elevó.

El tendero asintió y se volvió para hacer un gesto hacia la pared detrás de él. Solo entonces Oliver notó la silueta de una puerta oculta, integrada a la pared a ambos lados y cubierta con papel tapiz. ¿Había estado allí, visible pero inadvertida, todo el tiempo, o lo que Lizaza hizo fue revelarla?

La siguió a través de la puerta hasta un almacén enorme, lleno de estanterías altas y anchas, que sostenían diversos materiales exóticos y componentes dentro de esferas de cristal cubiertas con formaciones mágicas. Allí estaban los componentes más mundanos, aunque aún valiosos, como escamas de dragón, pero también podía ver objetos raros y preciosos, como la diminuta seca en duermevela que descansaba en un cuenco de tierra enriquecida, o la pluma luminosa del tamaño de su pierna, que creía provenir de una criatura nativa del Plano del Resplandor.

Pero lo que le dejó sin aliento no fueron ninguna de esas cosas fantásticas en exhibición, sino un portal planar activo en un claro en medio del recinto.

Se quitó la máscara para contemplar el portal. Era una esfera resplandeciente, cuya punta inferior apenas tocaba el Círculo Central del dibujo mágico enchapado en oro y mármol blanco en el suelo.

Cinco núcleos de bestia, que brillaban en un amarillo tan intenso que casi parecía blanco, alimentaban el hechizo desde los Círculos de componentes situados alrededor del principal. El sexto Círculo de componente contenía lo que parecía ser un pez hecho completamente de agua, que se retorció débilmente en el aire de la esfera de contención de cristal en la que estaba atrapado.

Más allá de la superficie como una ola de calor de la esfera, alcanzó a distinguir lo que parecía un arrecife de coral y algas ondeando, y en su interior, una figura arrodillada que confundió con una roca hasta que sus brazos se movieron y se dio cuenta de que era una persona.

Oliver se volvió hacia Lizaza, con los ojos muy abiertos. Quiso hacerle una pregunta, pero por una vez su lengua no le respondió.

Ella levantó una ceja con expresión desinteresada, pero él notó que la comisura de su boca se curvaba hacia arriba mientras ella interpretaba su expresión. “La Segadora pronto estará aquí. Incluso él no puede permanecer vivo bajo el agua indefinidamente.”

Oliver aclaró su garganta. “Debo admitir que no sabía que el Mercado Nocturno tuviera un lugar como este. Estoy buscando algunos artefactos de combate y protección, preferiblemente usados y recargados. ¿A dónde me recomendarías ir?”

“A dos puertas de aquí. Diles que te envié yo y que eres nuevo en el mercado. Si te das prisa, quizás puedas regresar a tiempo para encontrarte con la Segadora.” Algo en su manera de pronunciar esa última frase sonaba un tanto ominoso.

Correcto. ¿Podré regresar aquí, sin embargo? El disco de contraseña mágica...

“Envía al tendero de la tienda a devolverle la llamada, si no te deja pasar.”

Oliver volvió a colocarse su máscara y salió, algo a regañadientes. Moviéndose a su guardia para que permaneciera en su lugar y caminó dos tiendas más allá. Un pequeño símbolo había sido tallado sutilmente en el marco de la puerta: la marca del Clan de la Pesadilla.

El espacio interior era más amplio que el anterior comercio, con objetos antiguos alineados en los estantes de las paredes, dejando el centro de la sala despejado. Una rápida inspección reveló que no había artefactos restringidos, solo cosas como cristales de luz, lechos autolimpiables y plumas de tinta eterna. Se acercó a la mujer en el mostrador y repitió las palabras de Liza.

La dueña de la tienda observó su máscara, luego llamó desde la habitación trasera a su ayudante para que ocupara su lugar. Ella hizo un gesto para que Oliver la siguiera al fondo. “¿Qué buscas?” preguntó.

Echó un vistazo rápido a la habitación, observando los objetos en los estantes, las cajas apiladas contra la pared trasera, y la ausencia total de cualquier cosa claramente sospechosa. “¿Tienes artefactos protectores? Cosas que puedan defender contra los hechizos de combate más comunes, o artefactos de combate básicos?”

Asintió y se desplazó hacia uno de los estantes. Un movimiento rápido de su mano sobre la madera hizo que la estantería girara al revés. Los objetos que había en ella no cayeron, pareciendo pegados a ella, pero el nuevo lado también tenía objetos. Diferentes objetos.

Oliver miró discretamente los otros estantes para ver si había objetos adheridos en la parte inferior que simplemente no había notado. No los había.

La dueña de la tienda sonrió. “Es trabajo de Liza. Ingenioso, pensé. Los agentes del orden pueden allanar toda la ciudad si insistimos en no pagar sus sobornos, pero nunca hay pruebas.”

Por eso Liza le había dicho que mencionara su nombre. “Ella es muy talentosa,” estuvo de acuerdo. Ojalá ella también fuera accesible, las Aves de Verdor serían imparables. Avanzó para examinar los artefactos en el estante, y la dueña empezó a explicarlos.

Debajo de su máscara, la cara de Oliver se iluminó con una amplia sonrisa astuta, similar a la de un zorro.

Había un par de protectores de nudillos redondos con hechizos de blindaje básicos para defenderse de los hechizos de aturdimiento y explosión contundente, que eran los ataques más comunes de los agentes. Podían usarse juntos para mayor protección o por separado. Tomó ambos.

Ella le ofreció un par de guantes con un hechizo de reflexión de energía de uso general, tejido en su superficie, pero eran nuevos y demasiado caros. Solo había traído cien oro para gastar.

Tomó un paquete de varitas con capacidad de disparar chispas, pensando que podrían ser útiles como distracción, señal o incluso como amenaza, si el enemigo del usuario desconocía que la varita solo contenía un hechizo no combatiente.

Rechazó un anillo que abriría cerraduras básicas sin magia, así como una varita que arrojaba ácido, pero compró un anillo que podía lanzar un hechizo corto de aturdimiento al contacto. Su compra más grande fue una defensa general contra lesiones que, según la dueña de la tienda, reduciría la probabilidad de daño físico en un radio de noventa y nueve pies en todas las direcciones. A pesar de su precio en comparación con las otras cosas que eligió, sabía que tal hechizo de definición nebulosa no podía ser muy poderoso, pero aún podría marcar la diferencia en una pelea, y podría colocarse en el Clan de los Aves de Verdor u otro lugar importante, como la microfinca que estaba creando.

Al final, su monedero quedó completamente vacío. Mientras observaba cómo ella colocaba los objetos en una bolsa sencilla que acababa de desprender de la pared, él dijo: “Noté la marca del Enredo de Pesadillas junto a la puerta.”

Sus movimientos se volvieron más lentos, pero ella asintió, mirándolo con una sospecha ligeramente mayor.

“Escuché que el jefe del Ciervo Verde está interesado en reunirse con el líder de la manada. ¿Cómo te hago llegar ese mensaje?”

Ella no respondió de inmediato, sino que contó el oro que él le había dado y luego le entregó la bolsa. “Puedo enviar a un corredor,” dijo finalmente. “¿Algún mensaje en particular que desees transmitir?”

Utilizando los suministros de la tienda, Oliver escribió una nota rápida, que dobló y selló antes de entregarle. Le regaló una de sus sonrisas encantadoras, y solo más tarde recordó la máscara. Quizá podría hacer que la escribieran para que imitara sus expresiones. Pero, por otro lado, una media sonrisa de oscuridad extendiéndose por su superficie tersa podría ser más inquietante que humanizadora... aunque eso también podría ser bueno.

“¿Espero que los Ciervos no estén buscando causar problemas?” preguntó ella con cierta reticencia.

Él encogió los hombros. “Hasta donde sé, no, pero solo soy el mensajero.”

Su propia boca se curvó con una expresión irónica mientras tomaba la carta. “Claro.”

Cuando volvió a La Elementary, Liza apenas salía de la habitación secreta de atrás, cargando una caja de madera en sus brazos. Al cerrarse la puerta tras ella, Oliver vislumbró a la persona del otro lado. Ya estaba cansado de las sorpresas por un día, así que logró contenerse para no reaccionar visiblemente. Los dos salieron de la tienda y comenzaron a caminar de regreso a la casa de Liza, seguidos por el guardia completamente innecesario.

Manteniendo la voz baja, Oliver susurró: “¿Harvester es un trol?”

Una sonrisa algo cruel se dibujó en su rostro. “Medio trol. ¿Cómo crees que aún sigue vivo, tras tantas inmersiones en los Planos Elementales? El mejor proveedor del negocio.”

Revisión #1

Creado 29 junio 2026 12:18:57 por Edward Elric

Actualizado 29 junio 2026 12:19:00 por Edward Elric